

Ángel M^o de Lera

LOS CLARINES DEL

MIEDO



Ángel M^a de Lera nació en el año 1912 en Baidés (Guadalajara), criándose en el País Vasco y en Castilla. Estudió Humanidades y Filosofía en el Seminario de Vitoria y Derecho en Granada. Ha desempeñado diversos oficios: vendedor de gaseosas, albañil, fabricante de caramelos, contable... Ha publicado la novela «Los olvidados». Pero su nombre llega definitivamente al público al quedar en tercer lugar del Premio Eugenio Nadal 1956 con su novela «Los clarines del miedo». Este relato estremecedor y veraz es la auténtica y esperada novela de la fiesta de los toros, por la que desfilan personajes inolvidables y en la que el autor acierta a crear un clima patético; un lienzo de Zuloaga cobra, de repente, vida y movimiento. «Los clarines del miedo» es, sin duda, llena de dureza y ternura, la mejor novela de toros aparecida hasta ahora en España. Un verdadero documento social y humano por la autenticidad con que ha sabido captar su fiereza y su barbarie, y por la extraordinaria maestría narrativa de que se ha valido para evocar la vida y costumbres de todo un pueblo.

A los héroes del hambre y del miedo. Nadie los recuerda porque no alcanzaron un nombre. Muchos de ellos, sin embargo, dejaron su vida en las capeas, y, todos, su juventud.

I

(¡FUERA todo el mundo! Tú, «Aceituno», quédate a mi vera por si tienes que echarme un capote. Así. Bueno: vamos a ver cómo se porta el marrajo este... ¡Eh, toro! ¡Vamos! ¡Vamos! Esa banderilla suelta me va a dar algún palotazo al pasar... Parece que me pesa el estómago... ¡Cuidado! La gente se calla y el toro me mira. Parece que todo el mundo tiene miedo. Que lo tenga el toro después de lo que le han cascado los picadores... Pero el público ¿por qué? El bicho saca la lengua porque está sin aliento... ¡Y qué pitones tiene el tío! En cuanto me descuide, me echa el mondongo fuera... ¡Ah, toro! ¡Dios mío, se arranca! Tengo que doblar la cintura y estirar el brazo... No sé, pero creo que no voy a poder... ¡Ay! ¡Ya pasó, ya pasó! No sé si me ha tocado, pero un terrible viento me ha barrido las piernas... ¡Cómo ha gritado la gente: «¡Ah!», como si estuviera yo desatascando un carro! Pero ahora se vuelve el marrajo... ¡Se me viene encima otra vez! Tengo que jugar la derecha... ¡Cómo resopla! Esto es fácil, muy fácil... ¡Vaya, el bicho se va! Tendré que ir a buscarlo... ¡Eh, toro! Pero si está muerto de miedo... ¡Ya tenía que haber acabado esto! ¿Por dónde andará mi apoderado? Seguro que está pensando en la noche que le espera con la «gachí» rubia aquella. Conque yo no y él sí, ¿eh? Que yo tengo que conservar mis fuerzas... ¡El cipote de toro este! ¡Eh! ¡Ja! ¡Ya viene! ¡Y qué despacio! ¡Qué despacio, qué despacio! ¿Se estará riendo de mí? ¡Dios, qué grande es! ¡Hala, pasa, hijo de...! ¡A... sí! ¡Vamos, termina de pasar! Dicen: «¡Olé! ¡O... le!» Otra vez. Otra vez. Más. Ahora, a mirar al tendido. No veo

nada. ¡Nada! ¿Dónde está el toro? ¡Ah, sí; ahí lo tengo! Quisieras cogermé, ¿eh? ¡Madre mía, qué cuernos! Parece que ya no puede más, pero si me empitonara... Joselito, Granero, Sánchez Mejías, Manolete... Los enganchó un toro cansado y los mató... Y ahora tengo que darle unos naturales... ¡A ver! En cuanto junte un millón no toreo más. ¡Quiero un millón, sí, un millón! Pondré un negocio y ¡a vivir! ¡Que toreen los demás! ¡Para ellos todo! Un poco de suerte esta temporada y se acabó. ¡Por mi madre, por mis hermanas, Dios mío! ¡Una túnica bordada en oro para el Nazareno! ¡La daré! Ahora, los naturales... ¡Vamos, torito! Me doblo..., el brazo... Gritan: «¡Olé!» Otro más. ¡Cómo gritan! Otro más. Otro. Otro. ¡Gritan, gritan! Estoy como borracho. No veo nada. Esto es más fácil que comer... ¡Soy el más grande! ¡Toma, el de pecho! Ahora ya podéis gritar. ¡Esto vale la pena, sí, señor! Peor es cavar y pasar hambre... Peor es pasarse la vida escribiendo en una oficina... Ahora, en cuanto se cuadre, me lo cargo. Si me sale bien, me darán la oreja. Mañana la Prensa me pondrá por las nubes. Esta noche le quito la rubia a mi apoderado... ¡Cuádrate, marrajo! ¡Así! Más. ¡Baja el hocico! La punta de ese pitón es negra. No quiero ni pensarlo... ¡Dios mío, dame suerte! En aquel punto rojo tengo que clavar el estoque... Pero todo me parece rojo... ¡Toma, castrón! No sé dónde estoy. No veo nada. Me duele la muñeca derecha y he recibido un golpe en el pecho... Ha debido ser una banderilla, aquella descolgada... ¡Aplauden, aplauden! ¡Y estoy de pie! Rugen, gritan... ¡Se ha pasado el miedo! ¡Ojú, debo estar chorreando! Tengo sueño, mucho sueño, ahora... Siguen aplaudiendo... ¿Y el toro? ¡Ah, sí, el toro! Ahí está. Se tambalea. Le he metido la espada hasta el puño. ¡Cómo salta la sangre! ¡Ah, tengo la mano chorreando sangre caliente y pegajosa! Así deben tenerlas los descuartizadores y los asesinos que clavan puñales... Se cae el toro. ¡Se cae! ¡Pero, calla, piden la oreja! ¡Cuántos pañuelos blancos! ¡Ojú, cuántos! ¡He triunfado, he triunfado! Pero pasado mañana, dos toros en

Zaragoza... No quiero pensarlo ahora. ¡No y no! La puntilla. ¡Ya está! Siguen los pañuelos. ¡Una oreja en la plaza de las Ventas, chiquillo! ¿Tú sabes lo que es eso? ¡Soy el más grande! Ahí viene el «Aceituno» con la oreja. Siguen los pañuelos y aumentan las voces. ¡Dos orejas, madre mía, dos orejas! ¡Esto es el disloque, niño, el disloque! El «Aceituno» se vuelve y corta la otra oreja. Viene, me abraza y me la da. El «Aceituno» huele a estiércol, pero me quiere y está tan contento como yo. Las orejas están calientes y chorrean sangre. Ahora me doy cuenta de que tengo la chaquetilla manchada de sangre, y también la camisa. ¡Pero es sangre del toro y no mía! Tenía mucha sangre el bicho este. ¡Dios, qué gusto! Tengo que dar la vuelta al ruedo. Me acompaña el «Aceituno». Me tiran sombreros... Y flores... Me duelen los riñones, pero me agacho, cojo los sombreros y los devuelvo. ¡Otra vez caen dentro del anillo! ¡Ahora, un zapato de mujer! Esa «gachí» debe estar hecha agua... ¿Cuál será? Aquella no sé qué me grita. Y aquella. ¡Qué gachonas! Esta noche me voy con la rubia. ¿Y qué estará haciendo el sinvergonzón de mi apoderado? ¡Bien se aprovecha de mí, bien! Pero ya subiré, ya subiré, y entonces... ¡Anda, la gente se tira al ruedo! Vienen por mí. Me cogen. ¡Hala, muchachos! ¡Eh, no me rompáis la pierna! Estoy empapado de sudor. Me pica todo el cuerpo. Llevo las orejas del toro en las manos y no puedo rascarme la nariz. Me dirá la rubia: «¡Ven aquí, torerito mío, torerito valiente!» Huele bien. Tiene unas carnes blancas, blancas... ¡Me la voy a comer esta noche! ¿Tú sabes, chiquillo, lo que esto supone? ¡Salir a hombros de la plaza de las Ventas! ¡Yo, el uno! No hay más. ¡Viva mi madre! ¡Viva yo! Si fuera siempre así... Hay cornadas de muerte, pero también hay otras... ¡A olvidarlo! Quisiera bañarme y descansar... Estoy baldado, roto... ¡Si me viese ahora mi madrecita de mi alma...! Pero esta nariz... Me pica, me pica y no puedo rascarme. No puedo rascarme...)

Abrió un ojo después de dar un salto en la cama y se vio unas motas negras en la punta de la nariz. Se sacudió la cabeza y las moscas salieron volando. Cerró de nuevo el ojo, pero los animalitos tornaron al mismo sitio. Entonces se las espantó de un manotazo. Había abierto ya los dos ojos y se quedó contemplando el hueco de la ventana en cuyo marco se recortaba la figura del «Aceituno» en calzoncillos, y a través de la cual entraba un ascendente rumor de voces humanas.

—¡Eh, toro!

—¡Cógele bien de un cuerno!

Y hombres y chiquillos gritando a la vez:

—¡Toro, toro!

De un salto quedó sentado sobre la cama. ¿Qué era lo que estaba oyendo? Sobre el claro de la pared de enfrente se destacaban las largas piernas negruscas del «Aceituno», que brotaban de los anchos calzoncillos. Más arriba, su negra espalda desnuda y su cogote en el cuadro de luz de la ventana. El techo de la habitación estaba formado por gruesas vigas de madera oscura y añosa. Unas telarañas pendían de lo alto, rotas en jirones, y temblaban... A su derecha, una vieja cama de hierro con la ropa revuelta y, debajo, la bachineja de noche, de porcelana descascarillada. Esta visión confusa sirvió para despertarle y recordar de pronto.

—Pero ¿qué es lo que pasa, «Aceituno»? —preguntó.

El ruido y las voces se habían detenido justamente debajo de la ventana y el «Aceituno» no se volvió. Levantó su brazo y le hizo una señal para que se acercase.

—¿Quieres decirme por qué gritan tanto, hombre?

El «Aceituno» se volvió entonces. Brillaron sus grandes dientes.

—¡Ven, corre! —le gritó.

Saltó de la cama y corrió hacia la ventana en ropas menores y con los pies desnudos sobre las grandes losas rojas.

La fuerte luz de la mañana le hizo entornar los ojos. Sintió entonces un olor a era y respiró un aire de polvo y de tamo. Una bandada de moscas se levantó del alféizar al apoyar sus brazos en él.

—¡Mira, Rafa, fíjate bien! —le dijo el «Aceituno».

Era un tropel de hombres, mozalbetes y bestias. Unos mozos en mangas de camisa llevaban cogidos por los cuernos, las patas y los rabos a tres cornúpetas. Otros, armados de estacas, les pinchaban y les soltaban unos garrotazos tremendos. Los pobres animales forcejeaban por soltarse, pero era inútil porque los hombres se colgaban de los cuernos, les hacían doblar una pata y les tiraban del rabo. Los chiquillos rodeaban estos grupos y algunos gritaban a los animales, citándoles a una embestida con sus blusas y chaquetas. A todo esto, las mujeres, desde ventanas y balcones, contemplaban gozosas el espectáculo y muchas animaban con sus voces a los que conducían las bestias.

—¡Dale fuerte, Romualdo!

Uno de los mozos dio un puñetazo en el vientre del animal y luego miró al balcón para ver la moza que había pronunciado su nombre. Ella reía locamente. Y el mozo agitó en el aire su puño triunfal, saludando a la aguerrida dama del balcón.

Rafa y el «Aceituno» tenían las pelambres revueltas, respiraban con la boca abierta y reflejaban en sus ojos el asombro del despertar. Ambos sentían aún sobre sus rostros esa sucia viscosidad de la noche y del sueño que tira de la piel y nubla la vista. Hacía ya calor, un calor seco de llanura polvorienta y, sin embargo, ninguno de los dos pudo dominar los escalofríos que les corrían de la nuca a los pies. Rafa, con la boca seca, preguntó a su compañero:

—Pero ¿qué es lo que están haciendo?

El «Aceituno» se encogió de hombros.

—Esto debe ser el encierro, me pienso yo —contestó.

—¿El encierro? Pero si los van a reventar...

—El negro es tu novillo, Rafa. Los otros son las vaquillas para los mozos del pueblo.

Rafa fijó su atención entonces en el último de los cornúpetas, en el negro. Era un bello animal, lustroso, de ancas poderosas y robusto cuello. Tenía una hermosa testa de toro adolescente, adornada con unos curvos cuernos, no muy largos, pero anchos de cepa y muy agudos por la punta. Era, de los tres, el que menos se resignaba a dejarse llevar de aquella manera, tan poco digna de su brava alcurnia. De vez en vez bramaba y sacudía el testuz. Le llovían entonces los palos y los puñetazos. Cuando se enfurecía demasiado le doblaban una de las patas delanteras y el animal, al sentirse falto de apoyo, se veía obligado a ceder.

Al pasar frente a Rafa y el «Aceituno», el torito parecía fatigado por tan inútil lucha. Sacaba la lengua y se relamía el hocico. De los seis o siete mozos despechugados que iban colgados de sus cuernos, se destacó el que parecía el jefe de la banda, por las órdenes que lanzaba a grito pelado y por los gestos descomunales con que los acompañaba.

—¡Alto! —gritó a sus compañeros—. ¡Sooo!

Todos a una presionaron brutalmente al novillo hasta hacerle detener. Entonces el mozo aquel se dirigió a la ventana donde asomaban los rostros de Rafa y del «Aceituno».

—¡«Filigranas»! ¡Eh! —volvió a gritar, abriendo su enorme boca y quitándose de un manotazo las greñas rojizas que le caían sobre la frente—. ¿Qué te parece esto?

Señalaba las puntas de los cuernos del novillo y simuló que se pinchaba los dedos en ellas, llevándoselos seguidamente a la boca. Los demás comparsas, que ya esperaban alguna chusca salida del mozo, le corearon con sus risas y exclamaciones.

Después, el mozo pelirrojo se deslizó hasta la parte trasera del animal y, agachándose, le cogió con una mano los atributos masculinos y los puso a la vista de todos diciendo:

—¿Y esto, «Filigranas»?

Los demás prorrumpieron en gritos.

—¡Ahí va la...!

—¡Eres la órdiga, «Raposo»!

Pero Colás, el «Raposo», quiso redondear su gracia.

—Ya ves lo que te espera, «Filigranas»... ¡Ya veremos si tú los tienes mejor puestos que él!

Y se echó a reír abriendo mucho los brazos. Una mujer le gritó:

—¡Colás, eres un bruto!

Otra, indignada, comentó:

—¡Vamos, mira que querer asustar al pobre torerillo! Este «Raposo» es un animal.

—¡Animal!

El «Raposo» paseó sus ojos azules por todos los balcones de alrededor tratando de averiguar de quién procedía aquella voz femenil, pero no lo logró. Entonces se volvió furioso contra el novillo, descargando su puño en uno de los flancos de la bestia.

—¡Arre! —gritó luego a sus compañeros.

Un remolino de garrotes se abatió sobre el lomo del animal. Este dio una súbita arrancada, arrastrando a sus aprehensores. Se levantó una nube de polvo más densa y se armó un fuerte estrépito de silbidos y juramentos.

Los chiquillos echaron a correr.

—¡Que se escapa, que se escapa!

Mujeres asustadas llamaron a gritos a sus rapazuelos:

—¡Juanín!

—¡Pepito!

—¡Muchacho!

Los mozos y el toro formaban una sola masa bullente.

—¡Sooo!

—¡Quieto!

Pudieron sujetarle a duras penas. Los hombres y el novillo jadeaban.

El «Raposo» se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—¡Sandiez, qué bicho! —dijo resoplando—. Que no se le ocurra a nadie arrearle un estacazo más porque si se arranca otra vez seguro que se escapa...

Los hombres y el novillo, exhaustos, respiraban el aire de polvo con la boca abierta. El «Raposos» ordenó:

—¡Venga! Despacito y sujetándolo bien.

La comitiva se puso en marcha otra vez. El toro parecía definitivamente resignado, pero los hombres no se fiaban mucho de sus buenas intenciones y le conducían con renovada cautela. Le llevaban bien sujeto por los cuernos, de donde se colgaban cuatro mozos. Dos más iban agarrados a cada pata y, tirando del rabo, como en un soka-tira vasco, los tres más forzudos y corpulentos. El miedo que hizo pasar a todos la anterior arremetida del bicho había apagado un tanto el jolgorio. Tal vez también el griterío disminuyera porque el aire caliente que llegaba del campo se había tornado casi irrespirable a causa del polvo levantado por la re-friega. En medio de la nube de polvo, y a paso lento y cansado, desaparecieron en ruta hacia la plaza. Los chiquillos, ya un poco atemorizados, los seguían por la línea de los soportales, prestos a refugiarse en las casas a la menor señal de peligro. Y las mujeres se dieron cuenta, de pronto, de que les aguardaban urgentes quehaceres dentro de sus casas, y desaparecieron poco a poco.

—¡Qué bruto es el tipo ese, el «Raposos»! —dijo Rafa a su compañero, separándose de la ventana.

—Un bestiajo, sí —contestó el «Aceituno».

—Ha querido asustarme, desde luego.

—No le hagas caso. Es un tío «malage» que ha querido hacer una gracia.

—Pues maldita la gracia que tiene.

—Lo que yo te digo: un «malage».

—Y por lo visto es el jefe de la pandilla de mozos.

—Claro. Para eso es el más bruto.

Rafa se encogió de hombros. Ambos amigos habían vuelto a sus camas y se habían sentado cada uno en la suya

frente a frente.

—¿Tú crees que habrán toreado al novillo, «Aceituno»?

—Seguro, hombre, seguro.

—Pues cualquiera lo mete después en vereda. Va a estar más resabiado que las vaquillas. ¡Como para lucirse con él, vamos!

—Te advierto que por una parte está bien que lo hayan corrido. Así lo cogerás cansado, y eso ya es una ventaja. Un torete de estos sin picar es muy duro de pelar con la muleta. Llegan al último tercio con demasiada fuerza.

—Pero con un toro toreado no se puede hacer nada. Tú lo sabes bien, «Aceituno».

—Claro que lo sé. ¿Pero es que tú piensas hacer algo delante de estos palurdos? ¿Para qué?

—Hombre, es que yo creo que a torear se aprende toreando.

—Si está bien, pero aquí no intentes hacer filigranas. A estas corridas se viene a ver los toros, a acostumbrarse a ellos. Trae uno mucho toreo de salón en la cabeza, muchas monerías, vamos... Y lo más importante es saber si responde el izquierdo. Y eso es lo que se averigua en corridas como esta. Pero nada más. Hombre, a no ser que tengas la suerte de que aparezca algún personaje que interese: un ganadero, un apoderado de postín, un crítico... En ese caso...

Rafa abrió mucho los ojos infantiles. El «Aceituno» se espantaba las moscas que le picaban en la espalda.

—¿Y tú crees que puede venir algún tío de esos a esta corrida?

«Aceituno» cazó una mosca al vuelo.

—A lo mejor —dijo—. Son gente caprichosa, ¿sabes? Les gusta descubrir caras nuevas. ¡Ahí está su negocio! Si encuentran algún desconocido que promete, lo apadrinan y lo lanzan. En los primeros años lo explotan a mansalva hasta forrarse. Claro, el novato tiene que aguantarse hasta que consigue hacerse un cartel, y así, los dos o tres prime-

ros millones son para el apoderado... Esto lo sabe todo el mundo. Ahí tienes lo que hizo don José, el «Primores», con «Reverte» y con el «Algecireño»... Pues así siempre...

—Es natural. Pero «Reverte» y el «Algecireño»...

—Son los que mandan. Exigen porque pueden exigir. Pero también han tenido que pasar lo suyo, no creas.

Hubo una pausa en que «Aceituno» se quedó mirando sus largos pies juanetudos de uñas rotas. Rafa, asido a los bordes de la cama, tenía los ojos perdidos en el estrecho contorno del cuarto.

—Si tuviéramos la suerte de que viniera alguno de esos fulanos... —dijo luego Rafa sin cambiar de postura y con la mirada fija en los dos viejos trajes de luces que pendían de los respaldos de dos sucias sillas de anea.

El «Aceituno» se restregaba sus negros piesazos uno contra otro.

—¡Quién sabe! —dijo—. A mí ya me ocurrió eso alguna vez. Pero como si no. Era cuando yo empezaba...

Miró a su amigo. Por la cara del «Aceituno» se notaba el paso de una amarga sombra, a pesar del color verdoso de su piel.

—No tuviste suerte, ¿eh?

—Me falló el izquierdo. Me ha fallado siempre, Rafa. Yo quería ser torero, pero no podía... Tenía más miedo que hambre y eso que casi ningún día comía caliente. ¡Maldita sea!

Rafa le sonrió amistosamente.

—Eso del miedo... —dijo—. Yo creo que todos salen con el suyo a la plaza, ¿no?

—Sí, pero algunos lo dominan. Yo no pude dominarlo nunca.

—Pues yo tengo que conseguirlo.

—¡Ojalá!

—Ya verás.

—¡Ojalá, te digo!

Rafa se puso en pie. Era alto, delgado y muy pálido. Blancura y estrechez de cuerpo aún adolescente y sin curtir. El «Aceituno», que lo miraba, se fijó en los puntitos rojos que se extendían por su garganta y sus brazos.

—Te aseguro, «Aceituno», que como a mí se me presente la ocasión, me la juego... —exclamó Rafa, blandiendo el puño en el aire—. Que me la juego lo saben hasta los negros...

Entonces el «Aceituno» se levantó también y, señalándole los puntitos rojos que habían llamado su atención, le dijo riendo:

—¿Pero te has dado cuenta de cómo te han puesto las chinches esta noche?

El brusco cambio de tema dejó suspenso a Rafa un instante, como si no hubiera oído bien. Se pasó la mano por el cuello instintivamente.

—Sí. Me han estado picando toda la noche. La primera vez levanté la almohada y me pareció, de pronto, que habían volcado allí un plato de lentejas, hasta que los bichitos empezaron a moverse.

—Por suerte yo no las siento.

—No, no... Ya vi que te andaban por la cara y tú ni te movías.

—Ni las chinches ni las moscas, niño. Estoy acostumbrado. Y anoche, cuando vi cómo estaba la pared, comprendí que se iban a dar el banquete. Pero no quise decirte nada. ¿Para qué?

—Podíamos haber pedido que nos diesen otro cuarto.

—¡Bah, ganas de perder el tiempo! Seguramente este es el que destinan todos los años para los «maletas», como ellos nos llaman. Creen que nos pasamos las noches en el tope de los trenes o al raso y que cuando cogemos unas camas como estas, en un cuarto como este, tienen que parecernos una gloria. De todas maneras no creas que los demás cuartos de este fonducho serán mejores.

El «Aceituno» bostezó y estiró los brazos. Era negro y sarmentoso. Entre sus labios cárdenos asomó su poderosa dentadura de amarillos dientes.

—¡Tengo hambre! —exclamó, silabeando entre los bostezos.

Rafa, que le había estado contemplando en silencio, dijo:

—Pues sabes que por todas partes tienen una bonita idea de nosotros...

—Son unos bestiajos.

—¿Y en todos los pueblos nos miran igual?

—Sí; pero no te preocupes. Después, cuando seas una figura, correrán detrás de ti y tendrán que pagar un buen dinero para verte. Es la vida, Rafa.

—Sí, claro.

—Bueno, vamos a chapuzamos un poco y vestimos. También te digo que nos darán de comer hasta hartarnos. Y es porque se piensan que no comemos hasta que llegamos a su pueblo...

El «Aceituno» se dirigió al lavabo de hierro pintado de azul que había en un rincón y Rafa se quedó pensativo mirando la pared. En torno a las cabeceras de las camas parecía que alguien o muchos habían pretendido pintar un extraño cielo de desiguales estrellas rojas. Sobre la dudosa blancura del muro se destacaban incontables salpicaduras de sangre, testimonio fehaciente de las batallas sostenidas entre los huéspedes torturados y las chinches hemofílicas... Batallas libradas a zapatazos, con los ojos reventando de sueño, con las pelambres en punta, con un odio feroz... Sobre los restos de estas carnicerías colgaban, un tanto aburridos e incongruentes, dos viejos cromos religiosos, de santos ignorados, descoloridos y sucios por las irreverencias sacrílegas de las moscas.

Sonaban el agua en la jofaina y los resoplidos del «Aceituno». Rafa se adelantó hasta la ventana, apoyándose de codos en ella.